

# Arqueo-genealogía de la economía política. De la crítica foucaultiana a las gubernamentalidades de ratio economicista

Cristina López<sup>1</sup>  
Universidad Nacional de General San Martín, Argentina.

Recibido: 15 de agosto de 2024  
Aceptado: 14 de octubre de 2024

ARK CAICYT: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s29534879/n25rrhoor>

## Resumen

Aunque a primera vista la economía política puede parecer una materia ajena a cualquier análisis filosófico, más de un pensador contemporáneo ha puesto en consideración sus supuestos y sus principios teóricos. Es el caso de Michel Foucault quien, en más de una oportunidad a lo largo de su trayectoria tomó a esta disciplina como objeto de estudio. No obstante, a diferencia de otros enfoques formulados en clave economicista, el pensador francés abordó la indagación de la economía política a través de sus propios recursos metodológicos. A este respecto, en este artículo, se examina la eficacia de esos recursos para dar cuenta de su inserción epistemológica y su incidencia en las instituciones jurídicas y en la ratio gubernamental vigente en la actualidad.

---

<sup>1</sup> Doctora en filosofía, docente e investigadora de la carrera de Filosofía de la Escuela de Humanidades de UNSAM. Directora del proyecto de investigación “De la guerra, la gubernamentalidad y las resistencias. Una indagación de tres grillas de inteligibilidad de la política propuestas por Michel Foucault”, autora de artículos sobre el pensamiento de Michel Foucault.

**PALABRAS CLAVE:** arqueogenealogía; economía política; derecho; neoliberalismo.

**Abstract:** “Archeo-genealogy of political economy. From foucaultian critique to the governmentalities of economic rationality”

Although at first glance political economy may seem like a subject foreign to any philosophical analysis, more than one contemporary thinker has taken into consideration its assumptions and theoretical principles. This is the case of Michel Foucault who, on more than one occasion throughout his career, took this discipline as an object of study. However, unlike other approaches formulated in an economic key, the French thinker approached the research of political economy through his own methodological resources. In this regard this article examines the effectiveness of these resources to account for its epistemological insertion and its impact on legal institutions and on the government ratio in force today.

**KEYWORDS:** arqueogenealogy; political economy; legal institutions; neoliberalism.

## 1. Introducción

La filosofía es una reflexión para la cual toda materia  
extranjera es buena, y, estaríamos dispuestos a decir,  
para la cual toda buena materia tiene que ser extranjera.  
Georges Canguilhem, “Ensayo acerca de algunos problemas  
relativos a lo normal y lo patológico” (1943)

A primera vista podría suponerse que ninguna materia es tan ajena a la filosofía como el análisis de una disciplina como la economía política. Y, no obstante, ya Marx había advertido tempranamente –según el mismo contó en el Prólogo de los *Manuscritos económicos filosóficos de 1844*– que una filosofía con pretensiones críticas de alcances transformadores no puede conformarse con poner en la mira “la ciencia del derecho y el Estado bajo la forma de una

crítica de la Filosofía del Derecho hegeliana” (Marx, 2004, p. 43). Según entendía Marx en aquel momento, una tal crítica del derecho tenía en vistas solo el carácter especulativo de aquella filosofía con el agravante de que, al intentar conjugar varias materias como el derecho, la moral, la política, corría el riesgo de resultar inadecuada, inhibir el desarrollo y dificultar la comprensión (ibíd.). Pero, aunque todas estas son razones atendibles, lo cierto es que, entre el anuncio de la publicación de ese texto en los *Anales Franco Alemanes* y la redacción del prólogo de los *Manuscritos de 1944*, Marx –quien presumiblemente en ese periodo ya había tomado contacto con los textos de un joven Engels (Mazora, 2017)– había comprendido que la crítica debía tomar como objeto a aquella disciplina que le daba su anatomía a la sociedad civil, es decir, debía poner el foco en la economía política y, a través de ella, en el liberalismo concebido como herramienta de instalación, promoción y despliegue del capitalismo.

Y, aunque a la luz de los alcances y la repercusión de esta crítica podría pensarse que la filosofía ya había ajustado cuentas con esta particular materia extraña, más de un siglo después y por un derrotero similar al de Marx puesto que comportó el pasaje por una crítica radical del derecho y sus instituciones, también Foucault, en diferentes momentos de su recorrido filosófico, puso en la mira de sus análisis a la economía política.

Ahora bien, ¿Es dable esperar algo más que un diagnóstico epistemológico de un abordaje como el arqueológico? ¿Qué aportan sus arqueo-genealogías del derecho al discernimiento de los alcances de la economía política? ¿Qué pertinencia puede atribuírsele a su grilla de gobierno para dar cuenta de los efectos del liberalismo y del neoliberalismo? En suma, ¿Cuáles son los alcances de una crítica no economicista de la economía política?

A los efectos de responder estos interrogantes y con la intención de fundamentar la relevancia del enfoque foucaultiano, en lo que sigue deslindaré el itinerario de los análisis del pensador francés sobre la economía política en tres momentos comenzando por explicitar el sesgo crítico de

su arqueología del saber moderno, continuando por relevar la eficacia de la grilla de la guerra para dar cuenta de la incidencia de las demandas del capitalismo sobre las instituciones jurídicas, finalizando con la exposición de los hallazgos que se siguen de abordar en clave de gubernamentalidad el tratamiento del liberalismo y el neoliberalismo.

## **2. Acerca del sesgo crítico de la arqueología de la economía política**

Sin pretender incurrir en lecturas etapistas basadas solo en las lecturas de los libros de nuestro pensador que, como bien ha demostrado en más de una oportunidad Dalmau (2021 y 2023), han ido quedando obsoletas conforme se iban publicando los materiales inéditos en los cuales el propio Foucault llevó a cabo un gesto “de recuperación y reformulación recurrente de sus trabajos precedentes desde la perspectiva de sus indagaciones en curso” (Dalmau, 2023, p. 36), es pertinente precisar que inicialmente Foucault abordó el tratamiento de la economía política en el marco de una arqueología de las ciencias humanas en la que, a diferencia de sus textos precedentes que estaban plagados de intuiciones genealógicas, pretendió dar cuenta de la aparición de los saberes renacentistas, clásicos y modernos recurriendo a la explicitación de un a priori histórico de carácter exclusivamente epistemológico (Foucault, 1972, pp. 56-91; y 1993, pp. 21-36).

De hecho, al momento de explicar la aparición de la trilogía de positividades modernas compuesta por la biología, la filología y la economía política, nuestro pensador sostuvo que lo que se produjo a fines del siglo XVIII fue una alteración ínfima, pero absolutamente esencial y que ha hecho bascular todo el pensamiento occidental: la representación ha perdido el poder de fundar, a partir de sí misma, en su despliegue propio y por el juego que la redobra sobre sí, los lazos que pueden unir sus diversos elementos. (Foucault, 1966, p. 251).

Según esto, lejos de ser resultado de un proceso de incremento de la objetividad, de la exactitud y del rigor del conocimiento, la formación de estas disciplinas sería consecuencia de la entrada en crisis del principio de configuración de la episteme clásica.

En rigor, a juicio de nuestro pensador, los límites de la representación empezaron a delinearse cuando, al desplazar al orden que a lo largo del clasicismo rigió la constitución y la disposición de los seres, la historia irrumpió configurando a su imagen y semejanza lo existente y definiendo “el lugar de nacimiento de todo aquello que es empírico, aquello en lo cual, más allá de toda cronología establecida, toma el ser que le es propio” (Foucault, 1966, p. 231). De acuerdo con este segundo argumento, la emergencia de la historia en su doble rol de saber y de modo de ser de la empiricidad habría contribuido a la aparición tanto de aquellas disciplinas como de sus objetos primordiales.

En correlación con estos desplazamientos y transformaciones, Foucault constató además la emergencia simultánea de dos formas nuevas de pensar, a saber: un enfoque trascendental –por el cual las condiciones formales de la experiencia comenzaron a examinarse del lado del sujeto– y, en las antípodas, un abordaje que intentó dirimir las condiciones del conocimiento del lado de una serie de nuevas empiricidades entre las que se contaron la vida, el trabajo y el lenguaje que se comportarían como cuasi-trascendentales “que hacen posible el conocimiento objetivo de los seres vivientes, de las leyes de la producción, de las formas del lenguaje” (Foucault, 1966, p. 257). A su modo de ver, entonces, “Lo que cambió en el viraje del siglo sufriendo una alteración irreparable, es el saber mismo como modo de ser previo e indiviso entre el sujeto que conoce y el objeto del conocimiento” (Foucault, 1966, p. 264).

De esta suerte, fue en el marco de esa triple, profunda e irruptiva transformación epistemológica que, a mediados de los '60, Foucault emplazó la conformación correlativa de la economía política y de uno de sus objetos de estudio, el trabajo. En rigor, en relación con lo que calificó como un acontecimiento cuyos alcances requerían de una indagación mucho más amplia, nuestro pensador advirtió una suerte de escalonamiento interno que le permitió distinguir una primera etapa en la cual –habiéndose conformado las

ciencias positivas modernas– aún no se habían transformado los respectivos objetos.

En esa primera etapa ubicó nuestro pensador el enfoque de Adam Smith a quien –si bien le atribuyó el mérito de haber fundado la economía política– no le reconoció la paternidad del concepto de trabajo. Con ello no pretendía afirmar que Smith desconociera ese concepto sino que, hasta cierto punto, le hacía jugar el mismo rol de medida de valor de cambio que ya le habían asignado algunos de los referentes de la ciencia de la riqueza. Pero, mientras que para aquellos referentes, el trabajo era un instrumento de medida relativa y reducible a la necesidad, los análisis de Smith lo convirtieron en un criterio irreductible, insuperable y absoluto. En pos de otorgarle este carácter, Smith desplazó de esta función a las riquezas que, aunque siguieron siendo elementos representativos, no remitieron más ni a la necesidad ni al deseo sino al trabajo entendido como jornada, pena y fatiga. Así concebido, el trabajo se convirtió entonces en un numerador fijo en relación con las cosas. Ahora bien, para promoverlo a ese estatus, Smith debió superponer dos conceptos diferentes de trabajo. A juicio de Foucault, esta confusión por la cual el trabajo entendido como actividad productiva quedaba asimilado al trabajo concebido como mercancía, obedeció a la vigencia del pensamiento representativo en los análisis en los que Smith sostenía que las mercancías representan cierto trabajo y que, a su vez, el trabajo representa determinada cantidad de mercancía. No es esta la única rémora del pensamiento representativo en el enfoque de Smith quien además, al igual que sus antecesores, consideraba que las necesidades y el intercambio constituyen el principio y motor de la economía mientras que el trabajo y la producción solo son sus efectos.

A entender de nuestro pensador, es en relación con estos planteos que “el análisis de Ricardo encuentra su lugar y la razón de su importancia decisiva” (Foucault, 1966, p. 265). En efecto, según detalló en *Las palabras y las cosas*, aunque Ricardo también incorporó el concepto de trabajo, en lugar de fomentar la unidad de la noción, distinguió de manera radical el trabajo del obrero que se compra y se vende del trabajo como actividad productiva.

A esta diferencia en la consideración de este concepto central de la economía política hay que añadirle las que se siguen de postular al trabajo entendido como actividad productiva ya no como un efecto sino como la fuente de todo valor. Ello entraña una modificación no solo en el criterio de medida del valor sino también en la forma de concebirlo. En efecto, para Ricardo, el valor dejó de ser un signo para convertirse en un producto mensurable a través de la cantidad de trabajo. Pero, para cumplir esta función de patrón de medida, el trabajo ya no requiere ser un instrumento fijo y constante. De hecho, las cosas valen su equivalente en trabajo no porque este sea un criterio unitario sino porque todo valor procede de él. De allí que, a partir de Ricardo, la posibilidad del intercambio dependa del trabajo.

De estas consideraciones de Ricardo, que promovieron al trabajo al lugar central de la economía política, Foucault infirió tres consecuencias relevantes para su propio proyecto consistente en dar cuenta de la procedencia e inserción de las ciencias humanas en la episteme moderna. La primera de ellas concierne a la articulación de la economía sobre la historia acontecida cuando, en lugar de concebir a las riquezas como elementos representativos ordenables en un cuadro, se las consideró como resultantes de las condiciones de la producción y, por ende, organizables y acumulables en una cadena temporal. Por esta vía, “la historicidad penetró, y sin dudas por un largo tiempo, el modo de ser de la economía” (Foucault, 1966, p. 268). La segunda atañe a la concepción de la noción de escasez que Ricardo asoció con el carácter de radical avaricia que le atribuyó a la naturaleza. De su interpretación se desprende que el punto de partida de la actividad económica sería entonces la carencia originaria y el trabajo aparecería en el momento en el cual, al crecer la población, los frutos de la naturaleza ya no alcanzarían para paliar las necesidades de todos. De estos planteos de Ricardo puede colegirse – como lo hizo nuestro pensador– que “la humanidad no trabaja más que bajo la amenaza de la muerte” (Foucault, 1966, p. 269). A su entender, en este contexto, “El homo economicus no es aquel que se representa sus propias necesidades y los objetos capaces de satisfacerlas; es aquel que pasa y usa

y pierde su vida escapando a la inminencia de la muerte” (Foucault, 1966, p. 269). Y es precisamente esta amenaza de muerte que atraviesa la vida entera la que, al sacar a relucir la finitud del hombre, le permitió a nuestro pensador mostrar la conexión de la economía política con una antropología como la del siglo XIX preocupada por dar cuenta de las formas concretas de la finitud. La tercera consecuencia que infirió Foucault remite a la evolución de la economía que, vista a través del prisma de la historicidad y la finitud, tiende para Ricardo a un punto de saturación e inercia. En efecto, el crecimiento conjunto de la población y la producción conjugado con la persistencia de la escasez y la irremediable finitud del hombre conducen a la historia a un punto de inmovilidad toda vez que esta alcanza un límite en el que se estabiliza. Se trata de un efecto paradójico de la inclusión de la historicidad en la economía solo entendible si se advierte que, según las previsiones de David Ricardo, llevada al extremo y gracias a la estabilización demográfica, la escasez se delimita al mismo tiempo que el trabajo se ajusta a las necesidades. Por esta vía, parecería inevitable que la historia llegara a su fin. En términos de Foucault, “el tiempo de los calendarios podrá continuar pero estará como vacío, pues la historicidad se habrá superpuesto exactamente con la esencia humana” (Foucault, 1966, p. 275).

A entender del pensador francés para quien, al nivel profundo del saber occidental, el marxismo no introdujo ningún corte sino que, por el contrario se encuentra como pez en el agua dentro del pensamiento del siglo XIX, ese punto de saturación de la historia puede tener también una versión revolucionaria. Según esta interpretación, no sería la naturaleza sino la historia la que haría crecer la escasez a la vez que aumentarían las necesidades obligando a los hombres a trabajar incrementando la producción pero obteniendo siempre una remuneración que solo le permitiría sobrevivir al borde de la miseria. En este marco en que la historia propendería a la alienación, llegada a su punto de máxima tensión, la historia misma tendría que encargarse de revocar esa tendencia a través de una inversión que daría lugar a un tiempo completamente diferente.

Ahora bien, a mediados de los 60 y en el marco del diseño de su perspectiva arqueológica, Foucault consideraba poco relevante esa alternativa entre una opción histórica pesimista como la de Ricardo o revolucionaria como la de Marx. Lo que le interesaba más era mostrar cómo “tal sistema de opciones no representa nada más que las dos maneras posibles de recorrer las relaciones de la antropología y la Historia, tales como la economía las instaure a través de la noción de escasez y de trabajo” (Foucault, 1966, p. 273). Dicho de otra manera, su intención en aquel momento era explicitar que a principios del siglo XIX se constituyó una configuración determinada del saber de la cual formó parte una disciplina como la economía política caracterizada por entrelazar la historicidad de las formas de producción, la finitud del hombre, la escasez y la consumación de la historia. En pocas palabras, en lo esencial, en aquel momento, al explicitar los términos de aparición y constitución de la economía política nuestro pensador parecía preocupado prioritariamente por esclarecer el lugar, la trama conceptual y el estatuto epistemológico de esta disciplina en la episteme moderna.

Y no obstante, la arqueología foucaultiana no es una descripción epistemológica anodina. De hecho, desde los tempranos enfoques de nuestro pensador se advierte que, toda vez que se hace valer la perspectiva discontinua, el enfoque histórico se convierte en una forma de la crítica. Esta crítica se expresa, en primer lugar, estableciendo la procedencia y delimitando la incidencia de los saberes considerados a los que se inserta en una época o, como es el caso de *Las palabras y las cosas* en una episteme determinada. Por esta vía, en segundo lugar, además de impugnar los supuestos teleológicos según los cuales se conciben las transformaciones epistemológicas en términos de evolución, se circunscribe la vigencia de sus presunciones gnoseológicas, de sus predicciones sobre el porvenir, de sus pretensiones de cientificidad. En otras palabras, el enfoque discontinuo de la historia hace inviable el recurso a los universales epistemológicos y, de esta manera, pone en consideración la objetividad, el estatuto de los saberes y de la verdad que estos producirían.

Así las cosas, al situar la emergencia de la economía política en la episteme moderna, el enfoque arqueológico hace algo más relevante que simplemente historizar puesto que inscribe a esta disciplina en el marco de un acontecimiento epistemológico que determina sus alcances, sus límites, su vigencia y la pone en relación con otras positividades entre las que no solo se cuentan la biología y la filología sino también ciencias humanas como la antropología.

En ese sentido, y a pesar del enfoque exclusivamente epistemológico de esta versión de la arqueología a la cual se le puede incluso reprochar el hecho de restringir tanto sus análisis a la explicitación del concepto de trabajo al punto de excluir el tratamiento del rol del mercado tanto en el planteo de Smith como en el de Ricardo, se podría considerar que la exposición de *Las palabras y las cosas* constituyó un primer abordaje crítico de la economía política.

### **3. Acerca de la efectividad de la grilla de la guerra para explicitar las pretensiones jurídicas del capitalismo**

Como sabemos, intentando poner remedio a estas deficiencias debidas en parte a una falta de balizamiento metodológico, nuestro pensador afrontó en *La arqueología del saber* la tarea de fundamentar y dar coherencia a un proyecto filosófico. Por esa vía, se topó con la necesidad de dar curso a una intuición presente ya —como señalamos anteriormente— en sus primeros textos de la década del 60, pero que desbarataba la presunción de autonomía discursiva sobre la cual se había erigido el planteo de *Las palabras y las cosas*. En efecto, sus propios análisis sobre las formaciones discursivas, el enunciado y el archivo, lo confrontaron a la evidencia de que precisamente por ser portadores de una potestad que los vuelve objeto de una lucha política, los discursos plantean “la cuestión del poder” (Foucault, 1969, p. 158). Dicho en otros términos, puesto a corregir e intentar sistematizar la perspectiva de análisis que venía aplicando desde la *Historia de la locura en la época clásica* en adelante, Foucault se vio llevado a incorporar “la cuestión” a medias explicitada en aquellos primeros textos, a saber: el poder que movilizan los

discursos precisamente en virtud del poder que ellos mismos comportan. Ese fue el primer paso en pos de la elaboración de su perspectiva genealógica que, a partir de entonces, complejizó aún más el enfoque del pensador francés puesto que complementó con el estudio de las tecnologías de poder el abordaje arqueológico que ya venía dando cuentas de ciertas potestades de los discursos.

Así las cosas, a medida que fueron avanzando sus indagaciones fue haciéndose más explícita la interacción que liga tan estrechamente entre sí a las formaciones discursivas y a las tecnologías de poder de modo que enfoque arqueológico y genealogía se volvieron indisociables. En rigor, sus investigaciones fueron poniendo en consideración tanto el estatuto de ciertos saberes como por ejemplo la medicina que llega a comportarse como “una técnica política de intervención, con efectos de poder propios” (Foucault, 1997, p. 225), como el de las tecnologías de poder que generan efectos de verdad como es el caso de ciertos procedimientos jurídicos como la confesión (Foucault, 2012). En pocas palabras, a partir del hallazgo de esta dualidad que atañe por igual tanto al orden de lo discursivo como al de las tecnologías de poder, imposible disociar en adelante arqueología y genealogía. De allí, la pertinencia de identificar los análisis de Foucault en términos de arqueogenealogía como lo viene haciendo en sus intervenciones Dalmau.

Ahora bien, sus primeras arqueogenealogías no pusieron el foco en la economía política sino en el derecho penal, sus prácticas y sus instituciones, pero lejos de tomar como referencia de su crítica una versión especulativa, desde el inicio de estos análisis se preocupó por desplazar el análisis del sistema penal del ámbito de las teorías que, a priori o a posteriori, legitiman su accionar y sus postulados para emplazarlo en el contexto de las relaciones de poder. Ello implicó gestar en paralelo un enfoque de estas relaciones diferente de las ya existentes, particularmente de la concepción jurídica y del abordaje economicista.

A entender de Foucault, en lo esencial, la concepción jurídica considera al poder como un derecho que los sujetos poseen como un bien y, por lo tanto,

pueden transferir o enajenar mediante un acto jurídico como un contrato o una cesión de derechos constituyendo por este medio una soberanía política. Así concebido entonces, el poder sería una suerte de propiedad personal y el poder político se conformaría a través de una operación jurídica. De transacciones semejantes habría surgido el Estado moderno. Por su parte, el abordaje economicista que nuestro pensador asoció con la concepción marxista se caracterizaría por atribuirle al poder ser doblemente funcional a la economía al “mantener las relaciones de producción y, al mismo tiempo, reconducir una dominación de clase que el desarrollo y las modalidades propias de la apropiación de las fuerzas productivas han hecho posible” (Foucault, 1997, p. 14).

Sin desconocer las diferencias que separan a la concepción liberal de la marxista, Foucault subrayó la coincidencia que las ligaría toda vez que ambas vincularían el poder político con la economía: la primera, promoviendo un modelo de intercambio en el que el poder funcionaría como una mercancía y la segunda, postulando a la economía como “su razón de ser histórica y el principio de su forma concreta y de su funcionamiento actual” (Foucault, 1997, p. 14).

Distanciándose tanto de las especificidades de cada una de estas posiciones teóricas como de sus coincidencias, en la primera mitad de la década del 70 Foucault interpuso la grilla de la guerra para analizar el ejercicio del poder político. Se trata de un recurso metodológico que, lejos de evocar una suerte de hipotética instancia mítica, originaria, previa y fundante del desenvolvimiento de la sociedad, refiere el análisis a hechos concretos a los que se les asigna el estatuto de “a priori histórico”. En ese sentido, esta grilla no pretende explicar en términos abstractos, universales y de una vez para siempre, la formación de una sociedad sino que, en cada caso, da cuenta de las peculiares circunstancias en las que aquella se conformó. A través de este recurso no se trata tampoco de postular una guerra que enfrentaría indistintamente a todos los hombres entre sí sino de explicitar la confrontación civil que, en el seno de una sociedad específica, enfrenta a dos facciones

de intereses contrapuestos. Según esto, es en virtud de estos intereses y no de su naturaleza humana que se confrontan estas facciones. De este modo, relevando condiciones históricas concretas, la interposición de esta grilla en el caso del derecho permite explicitar los conflictos de distinto tenor de los que proceden las teorías, instituciones y prácticas jurídicas.

Huelga advertir que, incluso en cuanto a la finalidad perseguida, la interposición de esta grilla está en las antípodas del modelo hobbesiano de la guerra puesto que, tal como nuestro pensador sostuvo (Foucault, 1997, pp. 21-55), en lugar de orientarse a legitimar la soberanía, procura explicitar las relaciones de dominación y sometimiento vehiculizadas por el sistema del derecho y el campo judicial. En el extremo, a través de indagaciones históricas y empíricas, esta grilla apunta a demostrar que la guerra ha sido la matriz de los Estados modernos y, por lo tanto, también del derecho y de las leyes.

Y, aunque esta grilla solo parezca apta para dar cuenta del carácter belicoso del derecho y sus prácticas, nada le impide tornar visible además la incidencia de la condición de clase y el enfrentamiento entre burguesía y proletariado en la conformación y en las transformaciones del sistema penal moderno tal como puede advertirse particularmente en las consideraciones formuladas por nuestro pensador en *Teorías e instituciones penales* y en *La sociedad punitiva*. En efecto, en ambos cursos de principios de la década del 70, al aplicar esta grilla al estudio de los respectivos acontecimientos históricos, se advierten los conflictos y tensiones sociales e incluso la incidencia que pudo tener la economía política en la configuración de determinada figura del derecho.

En efecto, aplicada en *Teorías e instituciones penales*, la grilla de la guerra civil reveló que la conformación del sistema penal moderno fue consecuencia de la represión inaudita no solo por las estrategias puestas en juego sino también por la “etiqueta jurídica” bajo la cual se buscó aplastar los levantamientos populares contra la presión fiscal habidos en Francia hacia mediados del siglo XVII. Según la exposición de Foucault, el sistema

penal feudal no preveía esa conjunción de violencia ciega y ritual punitivo, de batalla y ocupación militar que caracterizó el accionar del ejército enviado a sofocar esa revuelta que logró aunar a distintos sectores, en particular, a las poblaciones urbanas y a los campesinos más pobres que no se contentaron con luchar por su supervivencia sino que se alzaron contra el poder y el poder. Entre las estrategias aplicadas que, en función de su eficacia, persistieron hasta hacerse constantes y convertirse en lo que dio en llamarse “sistema represivo del Estado”, Foucault destacó el desfasaje cronológico entre la llegada del ejército y la entrada en escena de la justicia. Tal retraso propició la puesta en práctica de una suerte de “justicia armada” que constituyó una operación político militar muy efectiva para embestir contra los sublevados procurando dividirlos e instándolos a confrontarse unos contra otros. De esta manera, se trazaron líneas de separación entre el campo y la ciudad y entre los más pobres y las clases acomodadas, recurso del que haría un uso tan estratégico el aparato represivo del Estado al servicio del capitalismo naciente. En efecto, consciente de los beneficios de esta separación, de allí en más, el sistema penal tomó a su cargo la función de introducir contradicciones o rupturas entre los distintos sectores sociales para conjurar los peligros ligados a su alianza.

Foucault volvió a aplicar la grilla de la guerra civil en *La sociedad punitiva* ya no para analizar eventos represivos sino para poner en foco la deriva punitivista en la que incurrió la sociedad francesa entre fines del siglo XVIII y principios del XIX cuando –en coincidencia con la instalación y el crecimiento del modo de producción capitalista y con el objetivo de mantener a raya a los trabajadores– el aparato judicial fue integrando funciones correctivas y penitenciarias al sistema penal. Ello lo condujo a advertir la incidencia que, en ese contexto, detentaron los análisis de economía política en la definición del delincuente como enemigo de la sociedad. De hecho, tal como destacó en aquel curso, fueron los enfoques de los fisiócratas sobre los procesos económicos los que contribuyeron a fijar la posición, el rol y la función de la delincuencia por relación con los mecanismos y procedimientos

de la producción. En rigor, la aparición de estos enfoques fue coetánea de la progresiva apropiación del aparato judicial por parte de una burguesía que –incluso ante faltas menores de los trabajadores como la pérdida del tiempo en el cumplimiento de sus tareas– sentía amenazada su fortuna y procedía en consecuencia intentando subordinar todo el tiempo de la existencia a las exigencias de la producción. De allí que el vagabundeo fuera considerado como la matriz del crimen y ciertas inconductas de los sectores populares que iban de la disipación a la depredación fueran objeto de tipificación penal. “Illegalismos” denominó nuestro pensador a estas inconductas a través de las cuales esos sectores manifestaban su resistencia a ser subyugados por la burguesía (Alves da Fonseca, 2013).

De estos análisis Foucault extrajo consecuencias reveladoras de la efectividad de la grilla de la guerra para dar cuenta de la incidencia del capitalismo en la configuración, aplicación y funcionamiento del derecho y sus instituciones. En el caso del curso sobre *Teorías e instituciones penales*, la primera de ellas concierne al aparato fiscal del Estado que, a partir de las sublevaciones, advirtió que no podía funcionar sin una organización administrativa respaldada por un sistema represivo. La segunda, atañe a las prácticas penales dado que, de lo expuesto se puede colegir que “todas las grandes fases de evolución del sistema penal, del sistema represivo, son resultado de estrategias de respuesta a formas de luchas populares” (Foucault, 2015, p. 102).

De esta suerte, el reverso del sistema represivo no serían los delincuentes sino las demandas de los sectores populares. En línea con esto, en tercer lugar, nuestro pensador infirió también que ese nuevo sistema estuvo orientado a promover y facilitar el advenimiento del capitalismo. En palabras de nuestro pensador, “Hay que decir que el capitalismo no puede subsistir sin un aparato de represión cuya función principal es anti-sediciosa” (Foucault, 2015, p. 106). En el caso del curso sobre *La Sociedad punitiva*, a medida que avanzaban sus análisis, Foucault fue advirtiendo cómo la burguesía fue apropiándose del aparato judicial hasta el punto de servirse del mismo no

solo para desembarazarse de los ilegalismos populares, sino también para hacer valer su poder sobre el tiempo de los trabajadores –verdadera condición de posibilidad para la formación y expansión del capitalismo–. De donde se desprende que, ya en medio de su radical crítica al derecho, Foucault comenzaba a intuir la relevancia que iría adquiriendo la economía política desde que, a fines del siglo XVIII los fisiócratas lograron filtrar criterios ligados a las exigencias de la producción para definir la figura del criminal.

#### **4. Acerca de la pertinencia de la grilla de gobierno para analizar los alcances de la economía política**

Con todo, Foucault recién amplió y profundizó sus consideraciones sobre la economía política cuando abordó el estudio de la biopolítica de forma sistemática y más específicamente en los cursos de 1977-78 y de 1978-79. Ahora bien, a diferencia de algunos especialistas para quienes el pensador francés continuó aplicando el recurso de la guerra (Blengino, 2018), a mi entender en estas indagaciones ya estaba operando la grilla del gobierno. De hecho, al inicio del curso del 76, se había manifestado muy disconforme con el grado de elaboración de la noción de guerra y hasta proponía dejarla de lado en futuras investigaciones. (Foucault, 1997, pp. 17-19) y aun cuando en un texto del mismo año ponderó la potencialidad de aquel recurso, terminó adhiriendo al modelo estratégico y ello:

no por elección especulativa o preferencia teórica; sino porque en efecto, uno de los rasgos fundamentales de las sociedades occidentales consiste en que las relaciones de fuerza que durante largo tiempo se habían expresado en la guerra, en todas las formas de guerra, su expresión principal, poco a poco se invistieron en el orden del poder político. (Foucault, 1976, p. 135)

El propio Foucault se manifestó al respecto cuando en una clase del curso de 1978-79 sostuvo “lo que he propuesto denominar gubernamentalidad, es decir la manera en que se conduce la conducta de los hombres no es otra cosa más que una propuesta de grilla de análisis para estas relaciones de poder” (2004b, p. 192). Por lo demás, la apelación al recurso de la guerra no figura

entre las elecciones metodológicas explicitadas en ambos cursos. No obstante, con esta puntualización no pretendemos desconocer los méritos u objetar la vigencia o la pertinencia de aquel recurso para dar cuenta de la conflictividad política, jurídica y social incluso al interior de las gubernamentalidades liberal y neoliberal.

Contra toda sospecha, el cambio de grilla no implicó una distensión del tenor crítico de los análisis de Foucault. Por el contrario, el propio pensador se encargó de reivindicar el carácter crítico de sus enfoques a punto tal de concebir sus aportes teóricos como “indicadores tácticos” para todos aquellos que, insertos en un determinado campo de fuerzas, quieran luchar contra ese status quo. Para lograr ese objetivo y en pos de hacer explícita la tecnología de poder operante, su método venía consistiendo en renunciar a poner en el centro de sus abordajes a la institución, a la función o al objeto (Foucault, 2004a, pp. 119-138). Entre los efectos de este triple desplazamiento, cabe destacar un abordaje del Estado que, en lugar de dotarlo de una entidad inmovible lo muestra como un efecto histórico de una determinada gubernamentalidad. Tarea realizada por el propio Foucault en el curso de 1977-1978 en donde expuso el proceso de conformación del Estado al interior de una determinada ratio gubernamental. No es un resultado menor puesto que, al desreificar el Estado hizo evidente que no tiene esencia ni es una fuente autónoma de poder. Por esta vía, puso en consideración las tesis estadocentristas fomentadoras de la estadofobia introducidas, según expuso en el curso del 78-79, por los profesores de economía política afines al neomarginalismo austríaco y los exiliados políticos que desde los años 20 del siglo XX “han jugado un rol considerable en la formación de la conciencia política del mundo contemporáneo” (Foucault, 2004b, p. 78). Rol que aún hoy siguen jugando los profesores de economía política afines a aquellas teorías y a corrientes neoliberales posteriores.

Tampoco son menores los resultados que devienen de su decisión de prescindir de los universales que, si bien hizo manifiesta en la primera clase del curso del 78-79, venía aplicando desde sus primeras obras en las que ya

rechazaba la utilización de conceptos absolutos en los planos epistemológico y ontológico y, en el caso que nos ocupa, le permitió dejar de lado nociones que encubren la procedencia y la consistencia histórica de fenómenos como la sociedad civil y el propio mercado entre otros.

Munido de esta grilla, en el marco del primero de estos cursos, nuestro pensador reformuló algunos de sus análisis de *Las palabras y las cosas*. Ocurre que abordada en clave arqueo/genealógico la aparición de la economía política ya no fue considerada como una transformación epistemológica sino como una consecuencia de la emergencia de la vida de la población como problema político. De hecho, intentando precisar la forma de ejercicio del poder compatible con ese nuevo objeto/sujeto político, Foucault se vio llevado a explicitar la relación entre población, gobierno y economía política. En efecto, según fue advirtiendo conforme avanzaban su exposición, la naturalidad de la vida no puede ser subyugada ni a través de la soberanía ni vía la disciplina. En sus términos, “mientras hablaba de la población, una palabra reaparecía sin cesar [...] la palabra ‘gobierno’” (Foucault, 2004a, p. 77). Ahora bien, la forma gobierno de ejercicio del poder es inescindible de la economía política a punto tal que la acción de gobernar puede caracterizarse como “el arte de ejercer el poder en la forma y según el modelo de la economía” (Foucault, 2004a, p. 98). De esta conjunción dan prueba herramientas de la economía política como, entre otras, la estadística, el cálculo de probabilidades, los análisis cuantitativos puestas en juego para ejercer el gobierno de la vida de la población incluso en situaciones de gran complejidad como las epidemias. Precisamente de esas herramientas surgen las categorías de caso, riesgo, peligro, crisis con las que se abordan estas situaciones. Del mismo campo disciplinar provienen las herramientas y categorías con las que se discrimina y dispone el medio propicio para el asentamiento de la población y también se modula el deseo y se contabilizan los supuestos fenómenos azarosos hasta establecer su regularidad. Así las cosas, según los análisis de Foucault, en más de un sentido, desde su emergencia como problema político, la vida de la población está en manos de la economía política.

La concepción de libertad también fue moldeada al uso de la economía política tal como se puede apreciar cuando se revisa en el curso del 77-78 la reconsideración del problema de la escasez visto ya no tanto en clave arqueológica, esto es, considerando solamente las reglas de formación de los conceptos sino fundamentalmente en perspectiva genealógica, esto es, tomando en cuenta “los objetivos, las estrategias a las cuales obedece y los programas de acción política que sugiere” (Foucault, 2004a, p. 389). Abordada así la programación instrumentada para paliar la quimera de la escasez no obedece únicamente a los dictados de una teoría económica sino que se inscribe en una fase de las técnicas de gobierno en que es menester promover la libre circulación de los granos. En ese doble registro corresponde ubicar el postulado liberal “dejar hacer, dejar pasar” que se aplica tanto a las cosas como a las personas cuya libertad no consiste ya ni en privilegios, ni en franquicias, ni en derechos sino simplemente en circular sin impedimentos igual que los granos. El pensador francés retomó este enfoque desmitificador de la concepción de libertad liberal en el curso de 1978-79 en donde sostuvo que “esta libertad de la que hablan los fisiócratas, [...] es mucho más la espontaneidad, la mecánica interna e intrínseca de los procesos económicos más que una libertad jurídica reconocida en tanto que tal a los individuos” (Foucault, 2004b, p. 63). Daba a entender así que también a este respecto, para el liberalismo, lo relevante no es la libertad de los individuos sino el buen funcionamiento del mercado. Si se plantea la cuestión de la libertad es porque el mercado la requiere para poder funcionar y, por eso, no le queda otra alternativa que producirla. Es evidente que no se trata de un gesto de generosidad sino de estricta necesidad: la libertad es uno de los insumos de los que se alimenta el mercado que, así como la produce, la consume y ello en todas sus variantes, esto es, como libertad de circulación, de ejercicio del derecho de propiedad, de comerciar, etc. Pero, según reconoció nuestro pensador, en el marco del liberalismo, al mercado le cabe además compensar los peligros que devienen de esas libertades proveyendo seguridad. De allí que vele por eventualidades como los accidentes o las enfermedades, que

amenazan la vida de los individuos. De allí también, todos los mecanismos de control y coacción de que dispone a modo de contrapunto de las libertades que produce. Así las cosas, nuestro pensador no pudo sino inferir, en primer lugar que “esta ideología de la libertad, esta reivindicación de la libertad fue sin duda una de las condiciones del desarrollo de las formas modernas o [...] capitalistas de la economía” (Foucault, 2004a, p. 49) y, en segundo lugar, que se trata de una libertad concebida como ideología pero aplicada como técnica de gobierno (Nalli, 2020).

No es este un hallazgo menor del enfoque arqueo-genealógico de Foucault: la advertencia de la habilidad demostrada por la economía política al momento de convertir su ideología en técnica de gobierno fue la vía que le permitió abordar en clave de gubernamentalidad los planteos y tecnologías puestos en práctica por el liberalismo y el neoliberalismo (Raffin, 2021). A este respecto, en el curso de 1977-78, sus análisis pusieron sobre el tapete que la preeminencia de las tesis de los fisiócratas trajo consigo una ratio gubernamental tan diferente y potente que, por una parte, fue capaz de poner en crisis a la gubernamentalidad según la razón de Estado y a sus principales componentes, a saber, el Estado, los políticos y la policía y, por otra, constituir sus propios elementos, esto es, la sociedad civil, los economistas, el mercado. En ese sentido, el cierre de ese curso puede ser visto como una sintética genealogía de las “instituciones” que dieron consistencia a la gubernamentalidad de ratio economicista. En efecto, según los dichos de nuestro pensador, la economía política –más que darle su anatomía– le dio entidad a la sociedad civil como sede del mercado y correlato del Estado. En ello radica el potencial ontológico de un saber que, devenido ratio gubernamental, supo ser capaz de inscribir en lo real lo inexistente dándole así consistencia histórica (Foucault, 2004b, p. 22).

Sobre estos resultados se apoyó el curso de 1978-1979 en el cual, en busca de ampliar sus indagaciones sobre la biopolítica, nuestro pensador se dedicó a trazar la arqueo-genealogía tanto de la gubernamentalidad liberal como de la neoliberal, ambas consideradas como sendos marcos de

racionalidad en que se inscribe ese dispositivo. De allí que iniciara esas clases sosteniendo que en el siglo XVIII se produjo una profunda transformación de la ratio gubernamental debido a que, a partir de allí, la economía política se constituyó en su nuevo principio de limitación. Se trata de una limitación de hecho que no discrimina como el derecho desde fuera y en función de la legitimidad de los actos sino desde dentro y en atención a la conveniencia y a los efectos producidos a los que pondera según éxito o fracaso. A juicio de Foucault, por esta vía, la economía política se convirtió en el instrumento intelectual, la forma de cálculo y de racionalidad, en suma, en el régimen de verdad que, aun hoy, delimita al gobierno. Más aún, de esta manera, además de en una referencia ilustrada, la economía política se fue convirtiendo lisa y llanamente en una forma de gobierno. Como ya había establecido en el curso de 1977-1978, en el ejercicio de ambos roles, la economía política toma como objeto de su intervención a una serie de fenómenos, procesos, regularidades de carácter natural que, lejos de remitir al sujeto jurídico y sus derechos, conciernen a la vida de la población, es decir, a su número, su salud, su longevidad, etc. Son fenómenos de una naturaleza de carácter maleable pero que, al mismo tiempo requiere ser respetada. A este respecto, la sabiduría de que la economía dota al gobierno consiste en dirimir cuando es menester intervenir y cuando corresponde abstenerse. Va de suyo que en ello el gobierno pone en juego sus condiciones tanto para acceder a la verdad cuanto para autorregularse. Ninguna de estas condiciones reside solo en la teoría económica. Efectivamente, la sede ejecutiva de ambas se halla en la institución más relevante de la gubernamentalidad de ratio económica, esto es, el mercado que, de esta suerte, se convierte en principio de veridicción y de regulación.

Ahora bien, por la vía del tratamiento de todas estas cuestiones, Foucault desembocó nuevamente en el tratamiento del liberalismo cuyo surgimiento emplazó en el momento de la reactivación del principio imperial ya no bajo la forma del imperio sino del imperialismo concomitante con el principio del libre intercambio y competencia entre individuos y empresas. Según

esto, preocupada por llevar la autorregulación hasta el extremo de aspirar a conformar un gobierno tan frugal como fuera posible, la ratio liberal no encontró inconvenientes en mantenerse en connivencia con el imperialismo del que requiere toda vez que, agotadas las posibilidades que ofrece el consumo interno, el mercado necesita expandir sus alcances y se mundializa. El problema es que esta ampliación del mercado conllevó una diferencia de naturaleza y de estatus entre Europa y el resto del mundo. Diferencia que se patentizó en el hecho de que Europa juega como banca y el mundo es su apuesta. Vista desde esta situación privilegiada, la mundialización del mercado externo pudo incluso considerarse como potencial garantía de una paz perpetua. No obstante, –agregamos nosotros– vista desde la perspectiva del resto del mundo, la mundialización del mercado es garantía cierta de colonización.

En todo caso, según sostuvo nuestro pensador, en su versión liberal, el mercado es fundamentalmente un ámbito de intercambio que restringiéndose a actuar conforme lo indican los mecanismos naturales y, en esa medida, pone en relación la producción, la necesidad, la oferta, la demanda, el valor, el precio. Para los liberales, de ello resultaría el equilibrio entre una determinada situación monetaria, el crecimiento económico y demográfico continuo, la intensificación de la producción agrícola y la inclusión de técnicas y métodos e instrumentos de reflexión. De esta manera, además de operar como principio de verificación, el mercado mismo contribuiría a la realización de un buen gobierno. En correspondencia, en términos liberales, un buen gobierno es el que deja hacer al mercado ajustando sus intervenciones según el principio de utilidad. Así las cosas, al respeto de la naturaleza de las cosas por el lado del mercado le correspondería la delimitación conforme a utilidad por el lado del poder público. Entre ambos, actuando como una suerte de término medio que los mantiene conectados, los intereses individuales y colectivos.

Con todo, tal como lo explicitaron los análisis de Dardot (2013, pp. 13-23) es en el abordaje específico de tres de los neoliberalismos del siglo XX en dónde se pueden apreciar mejor los beneficios que se siguen de las opciones

metodológicas de nuestro pensador quien al prescindir de los universales en favor de análisis históricos sin caer en el error de reducir el presente a una forma reconocida del pasado, hizo emerger la singularidad que los diferencia de su antecesor –el liberalismo– y las coincidencias y singularidades entre las distintas variantes neoliberales.

Entre las diferencias con su antecesor y las coincidencias entre variantes, cabe destacar que, lejos de atribuirle las prácticas y el ideario del liberalismo, Foucault estableció que lo propio de los neoliberalismos pasa por “saber cómo se puede ajustar el ejercicio global del poder político a los principios de una economía de mercado” (Foucault, 2004b, p. 137). De esta suerte, más que preconizar el “dejar hacer, dejar pasar” compartiendo así la ingenuidad naturalista del liberalismo, los neoliberalismos abogan por una intervención permanente del gobierno a través tanto de acciones reguladoras que incidan para favorecer las condiciones coyunturales del mercado con el fin de estabilizar los precios como a través de acciones ordenadoras capaces de incidir siempre favorablemente sobre las condiciones estructurales del mercado. Según esto, los neoliberalismos ponen a los gobiernos en la obligación de gobernar por y para el mercado. De hecho, la competencia no es un dato primitivo y natural sino que requiere de la vigilancia y la intervención constante del Estado. Así, en vez de prescindir del derecho, los neoliberalismos alentaron un intervencionismo jurídico que tiene como objetivo propiciar y hasta configurar el orden económico. En este marco, el preconizado “Estado de derecho” consiste en un conjunto de leyes que permiten que el juego económico se desenvuelva de la forma más racional posible. De lo expuesto se infiere que ninguna de esas intervenciones del Estado tiene como finalidad paliar los efectos negativos del mercado como la desigualdad o la desocupación. En rigor, habida cuenta que –como explicitan los análisis de Foucault– la divisa de los neoliberalismos es la competencia y no el intercambio como en el caso del liberalismo, la desigualdad no puede ser considerada como un efecto negativo sino como la base sobre la que se sostiene el andamiaje del mercado. En ese sentido, si estos neoliberalismos

impulsan algo comparable con una política social nunca es en pos de la socialización sino de la privatización del consumo, de los ingresos o de los seguros. En otros términos, no es la sociedad toda la que solidariamente tiene que hacerse cargo de los riesgos eventuales que pueden afectar a las personas sino los individuos por sí solos y ello en función de los esfuerzos que cada uno –comportándose como una empresa– haya hecho para capitalizarse. Según esto, a diferencia de su antecesor, estos neoliberalismos no se hacen cargo de las consecuencias sociales de sus políticas. Peor aún, a la luz de esta preeminencia de la desigualdad, cualquiera de estas variantes del neoliberalismo encaja tan mal con un régimen promotor de la igualdad como el democrático que no puede sino corroerlo desde dentro.

Consistente con estos lineamientos esgrimidos entre otros por el ordoliberalismo –tal como lo demuestran los análisis formulados por Foucault en el curso del 78-79 que venimos reseñando–, en plena posguerra, cuando la necesidad de reconstrucción parecía imponer una planificación que contemplara objetivos sociales, en 1948, el Consejo Científico de administración de Alemania recomendó dejar el proceso económico en manos del mecanismo de los precios. Por esta vía se pretendía fundar la soberanía y la legitimidad del nuevo Estado en la libertad económica dando por sobre entendido que esta sería generadora de consensos. Objetivo que, a la luz de la adhesión a las reivindicaciones neoliberales de diferentes actores sociales del momento incluida la socialdemocracia que llegó a renunciar a su reclamo de la socialización de los medios de producción, puede darse por cumplido.

En Francia, en el contexto de una gubernamentalidad caracterizada por una fuerte intervención estatal y una crisis económica producida por el crecimiento constante del desempleo, la caída del saldo acreedor de la balanza de pagos, el alza de la inflación, en la década del 70, fueron los propios funcionarios de estado quienes impulsaron la puesta en práctica de una gubernamentalidad neoliberal tributaria del modelo alemán en la medida en que supo disociar las inquietudes sociales de los objetivos de expansión

económica. Según los análisis de nuestro pensador, esos índices sumados a la incidencia económica negativa de la seguridad social fue la excusa para intentar implementar en su lugar un impuesto negativo, es decir, una suerte de complemento que alcanzara solo a quienes estuvieran por debajo de determinado nivel de ingresos. Aunque esa medida no llegó a implementarse, el análisis de este proyecto le permitió explicitar las pretensiones subyacentes, a saber: reintroducir la categoría de pobreza y naturalizar el fenómeno al intentar paliar sus efectos sin incidir en las causas que la provocan, instituir de esta manera una desigualdad insalvable entre los sectores empobrecidos como los desocupados y el resto de la población que seguirá funcionando bajo el modelo de la empresa. Por esa vía, además de procurar evitar una política de redistribución de los ingresos, se renunciaba al objetivo del pleno empleo.

Según los análisis del curso de 1978-79, desde fines de los años 30, en Estados Unidos, la puesta en práctica de políticas keynesianas, de pactos sociales de guerra como el plan Beveridge y el notable crecimiento de la administración federal hicieron recrudescer la crítica del neoliberalismo a las diversas formas de intervencionismo. No podía ser de otra manera en un país en el cual desde la Guerra de Independencia, el liberalismo se había constituido en principio fundador y legitimador del Estado (Foucault, 2004b, p. 223). De allí que, inscripto en el acta de nacimiento de los Estados Unidos, más que una elección económica y política, el neoliberalismo constituya una manera de ser y de pensar. A nivel del pensar, ello implica que desde los conflictos a nivel jurídico hasta las reflexiones sociológicas pasando por las nociones aplicadas en campos de saber, como por ejemplo la medicina, están incididos por la grilla neoliberal de análisis. A nivel del ser, ello implica que tanto el registro biológico como el biográfico de la vida son configurados conforme lo determinan la ratio gubernamental neoliberal. En ambos casos, el enfoque de Foucault destaca una enorme expansión del análisis económico sobre dominios hasta ese momento totalmente a sus criterios y cálculos. De ello da prueba una categoría como la de capital humano a través de la cual

se pondera el valor tanto de los elementos innatos como los genéticos cuanto de los adquiridos como la cultura que componen la vida humana (Dalmau, 2023). Desde esa misma grilla economicista se procede a considerar la idoneidad del trabajador como el capital que este aporta al trabajo para que se produzca un flujo de ingresos. Por esta vía, el trabajador es instado a auto percibirse como un empresario de sí mismo. Así las cosas, de forma mucho más radical que el ordoliberalismo alemán que, aun cuando impulsaba la transposición de la forma empresa al entramado social, había advertido el peligro de disolución que comportaría la pretensión de hacer valer en ella el principio de competencia, el neoliberalismo norteamericano pugna por una generalización absoluta del modelo de la economía del mercado incluyendo las relaciones sociales y los comportamientos individuales que devienen entonces analizables en términos económicos. De esta manera, la grilla de inteligibilidad economicista se vuelve el patrón de configuración y de análisis de todas las dimensiones de la vida incluidas aquellas que se ponen en juego en relaciones interpersonales como las que tienen lugar en el matrimonio. Sin dudas, en el marco de esta gubernamentalidad neoliberal, hasta los afectos más íntimos son sometidos al escrutinio de la economía política.

## **5. Conclusiones**

De lo expuesto se sigue que no son pocos los méritos de un enfoque no economicista de la economía política.

En efecto, para ser críticamente efectivos los abordajes de nuestro pensador no requirieron pronunciarse en contra de los desarrollos liberales y neoliberales de esta disciplina en nombre de una versión alternativa supuestamente mejor o superadora. A este respecto, su posición quedó establecida desde que en *Las palabras y las cosas* explicitó el a priori histórico epistemológico que hizo posible su emergencia tanto bajo el formato protoliberal como bajo la versión antagónica de Marx quien, a entender del pensador francés, se encontraría en esa coyuntura como pez en el agua. En este sentido, la arqueología evidencia su sesgo crítico al circunscribir los márgenes de preeminencia de los saberes considerados.

No obstante, sin dudas, como se procuró exponer a lo largo del trabajo, a partir de la incorporación del registro genealógico de análisis, la eficacia crítica de sus indagaciones se amplió. Ello no implicó que Foucault renunciara al enfoque histórico ni depusiera de su interés por considerar la procedencia e incidencia de los saberes. Por el contrario, como advertimos al revisar algunos de sus cursos, sus arqueo-genealogías supieron dar cuenta de los efectos de poder que producen prácticas discursivas como el derecho y la propia economía política.

Como vimos, precisamente, para llevar a cabo un análisis no economicista de la procedencia y las implicancias de las teorías, instituciones y prácticas jurídicas, el pensador francés diseñó un recurso como la grilla de la guerra civil que se mostró competente no solo para relevar el carácter belicoso, parcial e interesado del derecho penal moderno sino además para poner en claro su alianza con la burguesía y su connivencia con el capitalismo.

Según revelaron los análisis precedentes, idéntica efectividad crítica es detectable en la grilla de gobierno que, acuñada por nuestro pensador en el marco de sus investigaciones sobre biopolítica, evidenció su idoneidad para relevar las implicancias de la economía política hasta en los ámbitos más recónditos de nuestra vida. De hecho, al analizarla a través de esta grilla, se advierte que esta práctica discursiva se dio la estrategia necesaria para devenir ella misma una ratio de gobierno de la que surgieron formas de gubernamentalidad como el liberalismo y las distintas variantes del neoliberalismo que, de diferentes maneras, lograron introducir la lógica del cálculo económico en dimensiones tan ajenas al mismo como la salud, la libertad, los afectos.

Ahora bien, a la luz de estas últimas consideraciones, se comprende la renuencia de Foucault a llevar a cabo una crítica economicista: si lo que está en el centro de los análisis es la preocupación por explicitar las consecuencias de las gubernamentalidades de ratio económica sobre la vida, es menester evitar quedar preso de lo mismo que se critica prolongando así la subsunción de la vida al primado del cálculo. A este respecto, la conclusión más relevante

a extraer de sus elecciones metodológicas es que no es precisamente apelando a la economía que pueden hacerse visibles y sortearse sus peligros. He aquí tal vez uno de sus más potentes indicadores tácticos: para dar la batalla contra la gubernamentalidad predominante, hay que saber dotarse de las herramientas teóricas más eficaces. Solo de esta manera, la crítica puede tener efectos políticos.

## Bibliografía

- Alves da Fonseca, M. (2013). Le normal et le légal. En *Michel Foucault et le droit*. L'Harmattan.
- Blengino, L. (2018). Caja de herramientas. En *El pensamiento político de Michel Foucault. Cartografía histórica del poder y diagnóstico del presente*. Guillermo Escolar Editor.
- Dalmau, I. (2021). Michel Foucault y el problema del método: reflexiones en torno a la arqueo-genealogía. *Escritos*, 29(62). <https://doi.org/10.18566/escr.v29n62.a06>
- Dalmau, I. (2023). Reflexiones en torno a la problematización foucaultiana de la teoría del capital humano. *Intuitio*, 16(2). <https://doi.org/10.29327/2318183.16.2-8>
- Dalmau, I. (2023). Reflexiones en torno a la crítica foucaultiana del neoliberalismo. *Praxis Filosófica*, 56, 31-58. <https://doi.org/10.25100/pfilosofica.v0i56.12858>
- Dardot, P. (2013). Le capitalisme à la lumière du néolibéralisme. *Raison politiques. Revue de Théorie Politique*, 54, 13-23. <https://doi.org/10.3917/rai.052.0013>
- Foucault, M. (1966). *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*. Gallimard.
- Foucault, M. (1969). *L'archéologie du savoir*. Gallimard.
- Foucault, M. (1972). Le grand renfermement. En *Histoire de la folie à l'âge classique*. Gallimard.
- Foucault, M. (1993). Une conscience politique. En *Naissance de la clinique*. Presses Universitaires de France.

- Foucault, M. (1997). *Il faut défendre la société. Cours au Collège de France 1976*. Gallimard Seuil.
- Foucault, M. (2004a). *Sécurité, Territoire, Population. Cours au Collège de France. 1977-1978*. Gallimard Seuil.
- Foucault, M. (2004b). *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France. 1978-1979*. Gallimard Seuil.
- Foucault, M. (2013). *La société punitive. Cours au Collège de France. 1972-1973*. EHESS Gallimard Seuil.
- Foucault, M. (2015). *Théories et Institutions pénales. Cours au Collège de France 1971-1972*. EHESS Gallimard Seuil.
- Marx, K. (2004). Prólogo. En *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Colihue.
- Mazora, M. (2017). *Marx discípulo de Engels. Una nueva lectura de la génesis del marxismo*. Unsam edita.
- Nalli, M. (2020). Una liberdade que se governa. *Dorsal. Revista de Estudos Foucaultianos*, 8, 73-92. <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/555380>
- Raffin, M. (2021). Lecturas foucaultianas del liberalismo y el neoliberalismo: entre una arqueo-genealogía de las formas del gobierno contemporáneo y la historia de la gubernamentalidad. *Valenciana*, 14(27), 305-338. <https://doi.org/10.15174/rv.v13i27.584>